



Las siete artes liberales, de Francesco Pesellino.

## Entre la sorda barahúnda

Contra la apropiación indebida de la cultura, Antonio Valdecantos reivindica la libertad de la filosofía y firma en *El saldo del espíritu* un beligerante ensayo en defensa de los valores humanísticos frente al neoliberalismo

### El saldo del espíritu

Antonio Valdecantos  
Herder, Barcelona, 2014  
259 páginas, 16,90 euros

Por José Luis Pardo

LA SITUACIÓN DE QUIENES se encuadran en el ámbito administrativo de las “humanidades” es, en nuestro país, muy curiosa. Por una parte, desde el punto de vista educativo, son víctimas de una estrategia de “adaptación” de las instituciones al modelo social neoliberal que objetivamente les convierte en una minoría políticamente marginada, laboralmente precarizada, y prácticamente desmantelada en lo que hace a su actividad autónoma. Por otra parte, el único nicho que actualmente se les ofrece como refugio de salvación *in extremis* es un discurso perteneciente al campo “cultural”, que combina su plena sumisión a las mencionadas estrategias con una retórica —hueca, ideologizada y fundamentalmente impúdica— que se hace constantemente lenguas de la importancia de las “humanidades”, del “humanismo”, de los “valores”, de la “ciudadanía” y del “espíritu” para intentar ganar, en el desarbolado y liberalizado mercado de la “industria cultural”, parte de lo perdido en su suelo institucional natal, hoy vaciado de sentido y pervertido por los grandilocuentes programas de “modernización” y de “tecnologización” de un conocimiento convertido en mercancía averiada. Este “doble atolladero” coloca a quienes, como Antonio Valdecantos, han dedi-

cado la mayor parte de su esfuerzo a la crítica de los dos extremos de esta falsa alternativa, en una posición complicada. Los apóstoles de la reconversión de la universidad en una máquina al servicio del mercado de trabajo (que en el caso de las “humanidades” transforma a los titulados en subempleados a perpetuidad) se las arreglan muy bien para presentar las resistencias a su proyecto de liquidación como una defensa corporativa de los privilegios perdidos por unos “intelectuales” antediluvianos, igual que los mandarines del tingleado cultural (que han tenido que pasarse apresuradamente al sector privado) les acusan de ser los portavoces inadaptados de una clase media que no quiere resignarse a su necesaria extinción, porque ven en quienes erosionan su vana elocuencia “humanística” una amenaza para su pequeño negocio.

Pero, por muy difícil que resulte esta posición, este libro de Valdecantos —uno de los pocos españoles nacidos después de 1960 que aún sabe dónde se ponen las comas, cosa que ya sería suficiente motivo de regocijo en cualquier país letrado— nos muestra con toda honestidad que la única manera eficaz de defender los “valores”, las “humanidades”, la “cultura” y la “ciudadanía” consiste justamente en atacar con todas las armas de la inteligencia esa ideología barata y obscena que a todas horas hace bandera de tales palabras mientras evacua su contenido, y que no es sino la otra cara del mismo aparato de argumentos falaces que sirve para allanar y devastar los sistemas de enseñanza e investigación en este campo y para des-



truir sus cauces de expresión colectiva. Precisamente porque los pocos que viven (mal) de la filosofía lo hacen gracias a la tácita convicción de que se trata de una materia que quintaesencia la cultura y que hace a quien con ella se roza más sensible y cultivado, es preciso que sean ellos mismos quienes proclamen a los cuatro vientos lo que nadie quiere oír, a saber, que la filosofía no forma parte de la cultura y que a menudo es su más encarnizada enemiga, y que la política cultural dominante es a menudo la inversión del *dictum* de Walter Benjamin (“todo documento de cultura es un documento de barbarie”), es decir, que consiste en convertir en cultura la barbarie, como hacen las empresas de conmemoraciones que explotan el pasado a beneficio del presente convir-

tiéndolo en “acontecimiento cultural”.

No se pierdan las páginas que, en mitad de “la sorda barahúnda de la ideología contemporánea”, se dedican específicamente a los “valores”. Vivimos en un tiempo en donde no pasa un día sin que las autoridades morales decreten la necesidad de educar en valores y de procurar *liderazgo* ético a la desnorada adolescencia, sin preguntarse siquiera *qué valores* hay que buscar o qué es lo que merece la pena liderar, al estilo nihilista de las escuelas de negocios. Creen estos ideólogos baratos que los “valores” son fórmulas magistrales de cuya distribución en masa puede encargarse al Ministerio de Educación —que los incorporará en los miniordenadores portátiles que garantizan en las aulas el futuro de nuestra fuerza de trabajo— para insuflarlos en la clase de “educación para la ciudadanía” o en cualquier otra, dada su transversalidad, y explotan la equívoca nostalgia de unos *viejos buenos tiempos* (“entonces sí que había valores...”) cuyo retorno nadie podría hoy soportar. Han inundado también las universidades de este discurso insustancial, cuyo choque frontal con el rigor científico han conseguido disimular presentando a este último como el rancio amaneamiento de las mucetas y birretes del traje académico tradicional que obstaculiza el progreso, porque saben que mientras subsistan esos “anacronismos”, como dice Valdecantos, habrá una fuerza capaz de impedir el naufragio o, si este es inevitable, capaz al menos de distanciarse irónicamente de él y de llenar de arena sus engranajes. ●

## Honorable a la fuga

En unas memorias que parecen un libro de aventuras, la aristócrata británica Jessica Mitford narra su vida hasta 1940

### Nobles y rebeldes

Jessica Mitford  
Traducción de Patricia Antón  
Libros del Asteroide, Barcelona, 2014  
315 páginas, 22,95 euros

Por Fernando Castanedo

JESSICA MITFORD (1917-1996) fue la sexta hija de los barones de Redesdale y, por tanto, una de las hermanas Mitford (la quinta) que se hicieron notorias en Reino Unido durante los años treinta. Todas las hijas del barón recibían el tratamiento de “honorable”, y de

ahí el título original de la obra: *Hons and Rebels* (1960). La más recordada hoy es Nancy, una escritora satírica en la línea de P. G. Wodehouse que se inspiró en varios miembros de su familia para mostrar las costumbres y retratar los tipos humanos que producían las clases altas británicas.

En su tiempo alcanzó mayor fama Diana, primero casada con el riquísimo Bryan Guinness y, tras un escandaloso divorcio, esposada con Oswald Mosley, el líder de la Unión Británica de Fascistas. Este segundo matrimonio se celebró en casa de Goebbels con Adolf Hitler como invitado, lo que se debió a la estrecha amistad de otra Mitford

—llamada con predestinación Unity Valkyrie (Unidad Valquiria)—, con la cúpula del nazismo. En 1939 esta última hermana, que había amenazado con suicidarse si Reino Unido declaraba la guerra a Alemania, se disparó en la cabeza y fue repatriada.

Valgan estas referencias familiares y políticas para resumir el ambiente de *Nobles y rebeldes*, las memorias donde Jessica narró su vida hasta 1940, cuando apenas había cumplido los 23 años. La autora dedicó los primeros 14 capítulos a su infancia y adolescencia en la casa de campo de su familia, donde si bien recibió una educación que no distaba mucho de la de otras mujeres de su misma condición, contó con el raro alienamiento de pertenecer a un grupo de hermanos excepcionalmente competitivo.

De hecho, al igual que sus hermanas, también ella se sumó al fervor totalitario que recorría la Europa de entreguerras, pero por el lado comunista. Enamorada de su primo Esmond Romilly —un sobrino de Churchill escapado del colegio que andaba

por Londres denunciando los privilegios de su clase—, se fugó con él a España para luchar por la República. El resto del libro se lee como la vibrante novela de aventuras de unos buscavidas, pues esa es la existencia que llevó primero en España y después en Reino Unido y EE UU, ya casada y lejos de la esfera familiar. Eso sí, unos buscavidas con excelentes cartas de recomendación.

No cuesta imaginársela esperando en un muelle de Bermeo, donde intentaban persuadirla de que subiera a bordo de la fragata enviada por el Gobierno británico para llevarse de vuelta a Reino Unido. Y tampoco cuesta figurársela en Nueva York siendo objeto del timo de las apuestas, o en Miami llevando las cuentas del restaurante italiano donde Esmond preparaba cócteles. Sin embargo, pese a las abundantes peripecias y la gracia con que las contó, al terminar el libro uno se queda con la sensación de haber leído una historia truncada, como lo fue su historia de amor con Esmond Romilly, cuyo triste final se vio incapaz de narrar. ●